

Presentación

TRANSGRESIÓN Y POBREZA URBANA: IDEOLOGÍA, ETICA Y TEORÍA EN LA CONSTITUCIÓN DE UN CAMPO₁

*Daniel Míguez **

Insertarse en un entramado de relaciones sociales, observar desde su interior las maneras en que se constituyen y ponen en juego diversas percepciones de la realidad, y a través de ese ejercicio comprender las interacciones e instituciones de una sociedad podría parecer un juego inocente en los albores de la antropología. Pero los etnógrafos hemos perdido hace tiempo esa mirada impávida de nuestra práctica. Si el balance de la crítica posmoderna a la inocencia etnográfica es necesariamente matizado y complejo, algo deja en claro: cuando el etnógrafo entra en un campo ingresa también al sistema de relaciones de poder que lo componen. Y en ese mismo instante se transforma en un actor que juega un rol en los mecanismos de reproducción de las asimetrías sociales. La etnografía resultante no será un texto inocente que solo reporta lo ocurrido, será también un componente del sistema de representaciones sociales que regulan las interacciones (inclusive las de poder) e instituciones en una sociedad. Esta claro entonces que esta participación inevitable en el entramado social carga al investigador de responsabilidades éticas: No puede eludir la ponderación de los efectos generados al inscribir a sus informantes en un texto etnográfico; debe considerar las consecuencias de ese ejercicio particular sobre el destino de las personas a las que ha “investigado”.

El campo de estudios sobre las relaciones entre pobreza urbana y trasgresión ha sido particular testigo de esta inevitable “superposición”. Por ejemplo, cuando Scarce (1994), Leo (1995) o Tunnel (1998) fueron interpelados por las autoridades para que incriminaran a sus informantes, y debieron optar por tomar el lado de la ley y denunciarlos o permanecer fieles a ellos y encubrirlos. Pero si estos ejemplos nos confrontan con las expresiones más claras de los dilemas éticos y las opciones ideológicas puestas en juego en

* CONICET – UNSAM

una investigación, estos casos en sí mismos son también la manifestación más epidérmica de un tejido complejo. Porque, en verdad, el dilema de tener que “delatar” o no a sujetos particulares que forman parte del entramado social que se investiga ha sido confrontado por pocos investigadores. En cambio, el problema de cómo la particular descripción que hace un etnógrafo de la pobreza urbana y la transgresión afectará la percepción (y política) pública de los guetos y de los diversos tipos de marginales en la ciudad es un problema común a todos los que abordan el campo. Entonces, no se trata tanto de resolver si se expondrá públicamente a un sujeto particular, sino si se reproducirá la percepción marginante (y al sistema de relaciones sociales que la acompaña) que predomina en el cuerpo social.

La incidencia del problema en nuestro campo es tal que ha estado presente en él casi desde su misma constitución. Y su perseverancia es tan notoria que aún hoy se siguen retomando los términos de aquel debate inicial para aclarar las diversas adscripciones valorativas que los etnógrafos hacemos en este campo. El artículo de Bourgois (en este volumen) ilustra la situación de manera cabal al retornarnos a la clásica obra de Oscar Lewis para comprender los dilemas que enfrentamos en la actualidad. Si bien Lewis tenía buenas intenciones, promoviendo políticas activas (acordes a la consolidación de un “estado de bienestar”) de integración de la marginalidad, su teoría traicionaba a ese fin. La idea de una “cultura de la pobreza” protagonizada por los propios marginales y que actuaba como causa de su marginalidad terminaba —al decir de muchos— “responsabilizando a los pobres de su propia pobreza”. En este sentido, la desatención a los factores estructurales (como la distribución de recursos materiales y el poder) y el etnocentrismo presente en su trabajo le impedían a Lewis construir una teoría acorde a su posición política más explícita: Su obra aportaba a una percepción de la marginalidad que reproducía las propias bases sociales que la generaban.

Entonces, la cuestión no es tanto, ni tan solo, la del posicionamiento explícito del etnógrafo, sino de lo que subyace (a veces implícito) en su descripción del tipo de alteridad que estudia. Y, por lo tanto, de la particular manera en que la descripción etnográfica construirá los puentes entre los diversos grupos sociales sobre los que el antropólogo influye. El lenguaje en que se traduce (para usar la metáfora de Geertz, 1973) una cultura a otra inmiscuye, como siempre lo hace un “idioma”, un sesgo particular; y es sobre él que se debe hacer un control epistemológico, pero también ético y si se quiere ideológico. Pero este ejercicio necesariamente transita por un terreno resbaladizo. La búsqueda de la corrección moral ha neutralizado, no pocas veces, la riqueza analítica de una teoría o concepto. Una dificultad que se observa, por ejemplo, en la profusión incesante de eufemismos

para nombrar los eventos que ocurren en este campo, que en pos del refinamiento ético olvidan la profundidad analítica (se multiplican las nociones de alto contenido moral, pero conceptualmente inconducentes). Y, también, más importante, es que la detección de sesgos ideológicos en una teoría ha llevado muchas veces a su virtual anulación (más que reformulación), descartando perspectivas e incluso, directamente, áreas temáticas de interés fundamental en los procesos que analizamos. Esta claro que de lo que se trata es de encontrar nociones que, sin perder profundidad analítica, favorezcan una posición ética. Sin embargo, un breve repaso de la forma en que se constituyó nuestro campo señala las dificultades de encontrar semejante equilibrio y nos provee, además, de un marco donde situar los estudios que presentamos en este número de *Etnografías Contemporáneas*.

En Torno al Desorden

Las primeras etnografías sobre los contextos de violencia urbana llegaban a la conclusión de que ésta era el resultado de la falta de estructuras morales que regularan las interacciones entre sujetos. Entendámonos bien, no se trataba de sujetos que carecieran en sí mismos de una estructuración moral. Sino de *actores moralmente distantes, pero social y espacialmente próximos*, que forzados a interactuar entre sí, no poseían sistemas de representación compartidos que acompañaran sus intercambios. Así, mucha de la conflictividad era el resultado de disonancias en los mecanismos interculturales de comunicación, más que conflictos de intereses propiamente dichos. Por eso, el origen del conflicto o “desorden” debía buscarse en *la divergencia y ambigüedad de las significaciones* que resultaban de condiciones de vida que no facilitaban la creación de consensos o el desarrollo de sistemas compartidos de valores, o normas (Wirth, [1910] 1965: 48-49).

El efecto de esta inconsistencia moral era en realidad doble. Como se dijo, daba lugar al conflicto por la incompatibilidad de los hábitos, pero además disminuía los niveles de control social informal por inconsistencia de los lazos sociales. Es decir, promovía una indiferencia sobre el juicio moral ajeno que inhibía los mecanismos internos de autocontrol facilitando la trasgresión. Esto se traslucía, particularmente, en los símbolos espaciales del desorden: calles sucias, plazas descuidadas y, sobre todo, la transformación del espacio público en una “tierra de nadie” que facilitaba la ocurrencia de hechos violentos.

La constitución de estos espacios de conflictividad social era el resultado de dos procesos estructurales íntimamente conectados. Por un lado, la (in)migración promovida por la industrialización que atraía a las megalópolis en constitución a población de orígenes diversos. Y, por otro, las ló-

gicas de expansión de las grandes ciudades que hacían que esta población (in)migratoria se concentrara en determinados enclaves urbanos (guetos). Tal como lo mostraron los minuciosos estudios de Shaw y Mac Kay (1969) —que analizaron la distribución de variables sociales por milla cuadrada—, en varias ciudades norteamericanas estos procesos resultaban en la concentración espacial de la pobreza, la enfermedad, el desempleo (o empleo de baja remuneración), el fracaso y la deserción escolar, y la violencia en sus formatos “interpersonales”: el delito y el conflicto intrafamiliar y vecinal. En síntesis, la violencia urbana era el resultado de la concentración espacial de sujetos con subjetividades disonantes y escaso acceso a recursos de orden material, cultural y simbólico.

Inmediatamente esta perspectiva suscitó bastante suspicacia aún entre quienes, en muchos otros aspectos, mantuvieron las premisas introducidas por estos trabajos pioneros. Más allá de las dificultades teóricas o metodológicas que pudiera traer aparejadas, la principal objeción en el terreno que nos ocupa fue la connotación que subyace a la expresión “desorden”. Para muchos de sus críticos, esta sugería un sistema caótico de vínculos sociales resultado de la labilidad moral de los sujetos que era producto del sesgo sociocéntrico de los propios investigadores (que caracterizaban como ausencia de valores, lo que en realidad era la vigencia de valores alternativos). Así, el resultado de aceptar esta noción conducía a la reafirmación de un estigma que, además de varias dificultades teóricas, favorecía la reproducción de la marginalidad por confirmación de los prejuicios presentes en la opinión pública.

Como alternativa a esta perspectiva tuvieron lugar una serie extensa de etnografías (vg. Whyte, 1943; Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960; Matza, 1964) que intentaban dar cuenta de la compleja estructuración valorativa de esos mundos marginales, mostrando, a la vez, que estos tenían sustancia moral y que esta no era, en todos sus aspectos, contraria al sistema convencional de creencias. Consistían, más vale, en el despliegue de recursos alternativos o adaptativos frente a las dificultades de concretar por vías totalmente convencionales las metas sugeridas por la cultura oficial. Así, los sistemas de valores emergentes se caracterizaban por la ambigüedad: en la superficie se presentaban como una alteridad al mundo convencional, en la profundidad estaban estructurados por las mismas búsquedas y el deseo de aceptación.

La controversia ilustra nuestro problema de manera paradigmática. Es cierto que una lectura superficial de la noción de desorden —como la que podría hacer la opinión pública— llevaría a reproducir estigmas indeseables. Pero también es verdad que la simplificación de esta perspectiva que rea-

lizaron sus críticos neutralizó mucho de su potencial analítico. En definitiva, la noción de desorden nunca pretendió sugerir la inexistencia de una estructuración moral del mundo marginal, sino la coexistencia de subjetividades conflictivas inscriptas en un mismo entramado de relaciones. La paradoja es notable: en el mismo esfuerzo por evitar los potenciales efectos indeseables que una probable lectura simplista hubiera generado, se aniquiló el potencial analítico de una noción que tenía la capacidad de evitar varias de las dificultades que luego acecharon en el campo de los estudios sobre la marginalidad urbana. En particular, la noción prevenía el problema principal presente en la perspectiva excesivamente integradora que desarrollaron sus críticos. Estos veían en cada grupo marginal una “subcultura” con sus propias pautas y valores que permitía una integración armónica del grupo; pero se subdimensionaban los niveles de conflictividad interna que la coexistencia de grupos disímiles provocaba.

Como lo mostró etnográficamente Suttles (1968),² y como volveremos a indicar más adelante, esta subestimación de los grados de conflictividad interna en los enclaves marginales también posee consecuencias morales. Ya que encubre en un romántico relato de un mundo feliz, a los padecimientos y penurias que los más postergados sufren cotidianamente. Entonces, si una lectura simplista de la noción de desorden puede alentar el prejuicio de que la catadura moral de las personas es la que genera su propia miseria, una mirada sobreintegradora de sus vínculos disimula los padecimientos al proponer como absolutamente naturalizadas a unas pautas de vinculación social, al menos, episódicamente conflictivas.

Sin embargo, aunque esta dificultad es señalada por varios de los artículos que incluimos en este número de *Etnografías Contemporáneas*, el debate que siguió a estas contribuciones no giró en torno a ella. Más vale, se señaló la escasa dimensión que cobraban en este marco los procesos políticos y económicos asociados a la marginalidad y violencia urbana. Algo que tuvo particular incidencia en la manera en que se constituyó nuestro campo al nivel local.

Marginalidad, Violencia y Estado

La recepción de esta tradición en el contexto local fue limitada y problemática. La mayor parte de las etnografías que se elaboraron desde estas perspectivas no fue traducida o editada en medios vernáculos, y mucho de este material se conoció casi exclusivamente a través de sus críticos. Aunque no específicamente abocado a la violencia urbana, el clásico estudio de la marginalidad realizado por Larissa Lomnitz (1975) marcó mucho del tono con el que esta perspectiva se incorporó a la tradición latinoamericana.

En general, esta se caracterizó por una profunda desconfianza generada por lo que repetidamente se enunciaba como una falta de atención a los “procesos estructurales” (económicos y políticos) que gestaban la marginalidad. En esta perspectiva, la marginalidad debía ser considerada, inicialmente, como un epifenómeno de los procesos de reproducción del capital, y en todo caso, subsidiariamente, como el resultado de la estructura de instituciones informales que generaban los marginales para subsistir en un mundo desfavorable.

La inversión de esta ecuación que proponía nociones como la de desorden o subcultura era percibida como promotora de una perspectiva sesgada. En lugar de exponer los mecanismos de subordinación económica y política que generaban los estilos de vida marginales, se exponían a esos mismos estilos de vida como resultado de una constitución moral particular. Esto tendía a desplazar el foco de atención hacia los propios perjudicados gestando un sesgo moral e ideológicamente incorrecto en la teoría. En el fondo, esta perspectiva desdibujaba aquello que el texto de Rosana Reguillo (en este volumen) refleja cabalmente. La constitución de enclaves urbanos en los que se concentra la pobreza y la marginalidad y las percepciones que se elaboran frente a ellos no son políticamente inocentes. Los miedos difusos que generan los contextos de abrupto cambio social, son manipulados por los medios de comunicación y los “planificadores” radicando en determinados espacios urbanos y en algunos actores sociales (los “seres de la noche”: drogadictos, borrachos, prostitutas, jóvenes -que escapan a la definición normalizada-, homosexuales, travestidos) a “los portadores de los antivalores de la sociedad y propagadores del mal”.

En el contexto local, esta perspectiva se ha vuelto preeminente en el estudio de la marginalidad violenta constituyendo un campo en que el estudio de los acciones marginantes de diversas agencias del estado se torna central. Esta centralidad, combinada con el hecho de que la crítica a las ideas de subcultura o desorden fue llevada al extremo, tuvo el resultado de ocluir la legitimidad del estudio de los sistemas de representación y de vinculación social que dan lugar a la violencia entre pobres urbanos. Sin embargo, algunos de los trabajos más recientes sobre el tema en nuestro medio, así como muchos de los artículos que incluimos aquí, muestran las dificultades que introduce este contrasesgo.

Una primera cuestión es que los marcos en los que se inscribieron las nociones de desorden o subcultura nunca estuvieron tan desatentas a los procesos estructurales como suele pensarse. De hecho, en todos los casos se proponían a la industrialización y la urbanización como a las causas predominantes de gestación de los guetos urbanos.³ La “cuestión moral”

emergía entonces como mediación entre esos procesos estructurales y los eventos violentos que ocurrían en ellos. Pero más importante aún, es que la tendencia a focalizar los estudios en el estado no ha tenido una contrapartida en el desarrollo de indagaciones relativas a procesos de la sociedad civil, generando problemas análogos a los que suscitaban las perspectivas homegenizantes que analizábamos antes (es decir, a desconocer las tensiones vinculares que se gestan al interior de los propios enclaves urbanos marginales).

Por ejemplo, en un trabajo reciente, Kessler (2004) debió dedicar varias páginas a justificar su elección temática. Su argumentación prevé la objeción ideológica presente en nuestro medio de que la mera tematización de los delitos vinculados a la marginalidad urbana enfatiza la estigmatización que ya pesa sobre los sectores más postergados de nuestra sociedad: ¿Por qué no estudiar los delitos prototípicos de otros sectores —como los delitos de guante blanco, estafas y demás a los que son proclives los sectores medios y altos—. La tensión que encuentra Kessler remite a la alternativa entre “estudiar o no estudiar” los delitos de los pobres, por así decirlo. Y la respuesta que propone es que deben estudiarse con la prevención de señalar su contexto y de indicar su falta de exclusividad por sector social. Es decir, es evidente que la trasgresión no es una particularidad de los sectores empobrecidos, y que también deben estudiarse aquellas violaciones normativas que caracterizan a los sectores medios y altos. Pero, no estudiar los delitos de los pobres puede generar las mismas consecuencias que producían las miradas sobreintegradoras de la marginalidad presentes en la noción de subcultura. En el fondo nos exponemos a los peligros que descubrió “el realismo de izquierda inglés”, al constatar que las principales víctimas de los delitos de los pobres son los miembros de las propias clases subordinadas, y que no comprenderlos o prevenirlos agrava la situación de los ya postergados (Downes y Rock, 2003: 330-331).

El trabajo de Rodgers en este volumen ilustra el punto de manera cabal. Si bien por momentos el uso de la violencia en contextos de marginalidad urbana puede ser una manera más o menos naturalizada y ritualizada de regular los vínculos sociales, la extrema labilidad que caracteriza a los sistemas de relación social en estos medios puede transformarla en una amenaza ubicua para sus pobladores. En el fondo, lo que pone en evidencia esta etnografía es que los estados de integración moral o su carencia son alternantes dentro del sistema de vínculos sociales en el gueto urbano y que ninguno de los dos puede ser considerado como absolutamente “natural” o propio. Esto significa que la producción y efectos de la violencia asociada a la pobreza no pueden deducirse exclusivamente de las acciones de las agencias estatales, sino que emergen también de las propias dinámicas de articulación al interior de ese espacio urbano.

Seamos más claros, es evidente que mucha de la violencia que han sufrido las sociedades latinoamericanas es el resultado de la forma en que las agencias represivas del estado han encarnado (y siguen haciéndolo) diversos intereses sectoriales. Pero también debemos afrontar el hecho de que las transformaciones estructurales de estas sociedades, y sus propias tradiciones han propiciado el espacio para el desarrollo de un juego de violencias propio, específico, y muchas veces complejamente anudado a los efectos perversos de las formas represivas (Míguez; Isla, 2003). Si ya el texto de Rodgers ilustra esto, Sousa (en este volumen) agrega un nuevo caso al exponer los grados de constricción social que pueden llevar al habitante de un enclave marginal a vivir una vida violenta que hubiera preferido evitar. En la misma línea aporta el trabajo de Bourgois, al indicarnos explícitamente que el esfuerzo por no caer en una óptica estigmatizadora no debería impedirnos ver los grados de crueldad y sufrimiento que, a veces, caracterizan los vínculos en el gueto urbano. De lo contrario, corremos el riesgo de sobre-naturalizar un estilo de vida que los propios actores sociales padecen como relativamente ajeno. La no-exotización de la alteridad no debería llevarnos a una sobre-naturalización que es igualmente engeñecedora y nefasta porque genera indiferencia sobre el dolor ajeno, que termina no siendo percibido como tal.

Pero además de aportar a una corrección ética que no debería soslayarse, observar los procesos de la sociedad civil permite reconocer la multidimensionalidad de la violencia. Tal como lo indica el creciente campo de estudios locales (Vg. Puex, 2003; Rossini, 2003; Kessler, 2004; Garriga, 2005), las miradas émicas que emergen en las interacciones cotidianas producen una multiplicidad de formas y concepciones de la violencia que difieren entre sí y que no se condicen con definiciones estado-céntricas de la misma. Si bien la tensión entre lo émico y lo ético no debería llevarnos, como suele hacerlo, a un relativismo que licue la capacidad analítica de la noción de violencia, la multiplicación de etnografías sobre los entramados sociales en los que emerge debería permitirnos una comprensión cada vez más refinada de sus formas y de sus causas. En ese sentido y afortunadamente, el campo de estudios de la violencia urbana en Argentina parece estar avanzando en el rumbo apropiado; esperamos que este número de *Etnografías Contemporáneas* aporte en algo a ese proceso.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

CLOWARD, Richard; Ohlin, Lloyd. 1960. *Delinquency and Opportunity. A Theory of Delinquent Gangs*. Nueva York: The Free Press.

COHEN, Albert. 1955. *Delinquent Boys. The Culture of the Gang*. Nueva York: The Free Press.

DOWNES, David; Rock, Paul. 2003. *Understanding Deviance*. Oxford: Oxford University Press.

GARRIGA, José. 2005. *Haciendo Amigos a las Piñas. Violencia y Redes Sociales de una Hinchada de Fútbol*. Tesis de Maestría en Antropología, IDES/IDAES.

GEERTZ, Clifford. 1973. "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture". En: *The Interpretation of Cultures*. Nueva York : Basic Books.

KESSLER, Gabriel. 2004. *Sociología del Delito Amateur*. Buenos Aires: Paidós.

LEO, Richard. 1995. "Trial and Tribulations: Courts, Ethnography, and the Need for an Evidentiary Privilege for Academic Researchers". *American Sociologist* N° 26.

LOMNITZ, Larissa. 1974. *Cómo Sobreviven los Marginados*. México df.: Siglo XXI.

MATZA, David. 1964. *Delinquency and Drift*. Londres: Transaction Publishers.

MÍGUEZ, Daniel; Isla, Alejandro. 2003. "Conclusiones. El Estado y la Violencia Urbana: Problemas de Legalidad y Legitimidad". Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

PUEX, Nathalie. 2003. "Las Formas de la Violencia en Tiempos de Crisis: Una Villa Miseria en el Conurbano Bonaerense". En: Isla, Alejandro; Míguez, Daniel (Comps.), *Heridas Urbanas. Violencia Delictiva y Transformaciones Sociales en los Noventa*. Buenos Aires: FLACSO/Editorial de las Ciencias.

ROSSINI, Gerardo. 2003. "Vagos, Pibes Chorros y Transformaciones de la Sociabilidad en Tres Barrios Periféricos de una Ciudad Entrerriana". En: Isla, Alejandro; Míguez, Daniel (Comps.), *Heridas Urbanas. Violencia Delictiva y Transformaciones Sociales en los Noventa*. Buenos Aires: FLACSO/Editorial de las Ciencias.

SCARCE, Rik. 1994. "(No) Trial (But) Tribulations: When Courts and Ethnography Conflict". *Journal of Contemporary Ethnography*. 23 (1).

SHAW, Clifford; MaKay, Henry. 1969. *Juvenile Delinquency and Urban Areas*. Chicago: Chicago University Press.

SUTTLES, Gerald. 1968. *The Social Order of the Slum*. Chicago: Chicago University Press.

TUNNEL, Kenneth. 1998. "Dangerous Methods. Risk Taking and the Research Process". En: Ferrel, Jeff; Hamm, Mark. (comps.), *Ethnography at the Edge. Crime, Deviance and Field Research*. Boston: Northeastern University Press.

WIRTH, Louis. [1910] 1964. *Ideological Aspects of Social Disorganization*. En: Reiss, Albert (comp.), *On Cities and Social Life*. Chicago: University of Chicago Press.

NOTAS

1 Agradezco a Pablo Semán los comentarios a versiones iniciales de este trabajo.

2 En una sutil etnografía de un gueto urbano en el que convivía población de origen mexicano, italiano y afroamericano mostraba cómo a la vez que había una compleja estructuración de vínculos al interior de cada grupo étnico, existía una profunda fragmentación del espacio urbano y de tensión vincular en las relaciones inter-grupales.

3 Si podría objetarse que no prestaban suficiente atención al rol del estado, y que trataban a la creación de guetos como parte de un proceso natural de desarrollo que por su propia evolución sería superado. Aunque subsisten visiones más sofisticadas de estos procesos como la que proponen Cloward y Ohlin (1960).